

La nueva guerra de Iraq

MANUEL CASTELLS

LA VANGUARDIA, 12.04.08

En el quinto aniversario de la guerra de Iraq el testimonio del general Petraeus en el Congreso estadounidense esta misma semana simboliza la transición a una nueva etapa de la guerra. Con más de dos tercios de ciudadanos opuestos a la guerra y la mayoría deseando una rápida repatriación de tropas, la cuestión clave para Bush, Mc-Cain y los republicanos es convencer a la opinión pública de que les den tiempo para consolidar la influencia de Estados Unidos en Iraq antes de replegarse parcialmente. Por ahora parece que lo están consiguiendo.

Mientras en enero del 2007 tan sólo un 32% pensaba que "la guerra iba bien", ahora son 48% los que así piensan. Esto no disminuye la oposición a la guerra, pero da crédito a la tesis según la cual una vez en Iraq no se puede salir corriendo sin estabilizar la situación. Es lo único que necesita Mc-Cain, que se juega su elección presidencial sobre ese tema, porque, frente a la hostilidad mayoritaria hacia la guerra, ha venido diciendo desde hace tiempo, incluso antes que Bush lo decidiera, que había que enviar más tropas de combate, controlar la situación y entonces reducir poco a poco el contingente expedicionario durante un largo periodo para evitar la guerra civil generalizada y la amenaza de la influencia iraní. Si esta estrategia tiene éxito, el candidato demócrata, sea quien sea en noviembre, pierde la baza del sentimiento contra la guerra en el momento decisivo. En realidad, la crítica demócrata ya ha sido neutralizada en buena medida, porque a pesar de las declaraciones de Obama y Hillary en el sentido de establecer un calendario para la retirada

de las tropas y empezar a cumplirlo desde el principio de su mandato, en la práctica los dos lo condicionan a la evaluación de la situación por parte de los mandos militares en el frente de combate.

Y eso es exactamente lo que pide Petraeus, que le dejen decidir a él cuándo y cuánto se puede retirar Estados Unidos de Iraq. El argumento es poderoso: sería una irresponsabilidad dejar el país tal como está en estos momentos. Incluso admitiendo que la guerra fue un error (cosa que, naturalmente, Bush y su séquito siguen sin aceptar), el problema es cómo se sale del atolladero sin dejarle Iraq a Irán y a Al Qaeda. Pero si la gente está empezando a aceptar la tesis de una retirada lenta en función de cómo vaya es porque Petraeus ha sido capaz de disminuir el costo humano de la guerra y, por tanto, la presencia de la violencia en los noticieros de televisión. La reducción sustancial en muertos y heridos, tanto estadounidenses como iraquíes, desde el verano pasado ha aumentado la credibilidad de la estrategia de Petraeus. En realidad, la forma como lo ha conseguido encierra enormes peligros hacia el futuro. Doctor en Relaciones Internacionales por Princeton, Petraeus sabe que la guerra sólo tiene solución política, tanto en Iraq como en Estados Unidos. Y por eso decidió cambiar la estrategia de alianza incondicional con los chiíes para aplastar a los suníes, base de la resistencia iraquí. Dio autonomía, armas y recursos a los dirigentes suníes, dejándoles un amplio control de las provincias en que son mayoría, y protegió militarmente sus enclaves en Bagdad. Mantuvo el respeto de la autonomía casi total del Kurdistán (la base de las mejores tropas del ejército iraquí) y obtuvo una tregua del Ejército del Mahdi, liderado por Al Sadr, a cambio de respetar su control de Ciudad Sadr en Bagdad y de varias ciudades chiíes en el sur, incluyendo gran parte de Basora, del puerto y de las redes de contrabando de petróleo. Desactivando la

violencia de las principales facciones de la guerra, se concentró en golpear a Al Qaeda, que es un núcleo muy minoritario pero con gran impacto mediático.

Desde el punto de vista militar, le salió bien. Desde la visión de la gente en EE. UU., también, porque lo que más cuenta es el número de víctimas. Pero el costo económico de la guerra sigue siendo insostenible, sobre todo en un contexto de recesión en Estados Unidos. Las fuerzas armadas iraquíes siguen siendo una tapadera de milicias diversas. La economía iraquí es una economía de supervivencia y tráfico criminal. Mientras la gobernabilidad del país sigue dependiendo de la presencia y las decisiones de Estados Unidos. En esas condiciones, la influencia de Irán crece por momentos. Y el país ha entrado en la dinámica de una partición de hecho entre el Kurdistán en el norte, las tribus suníes en el oeste y la mayoría chií en el sur. Además, las diversas facciones chiíes y sus milicias (todas ellas bajo influencia de Irán) se disputan el control de sus territorios.

Y Bagdad se ha fraccionado en enclaves étnico-religiosos, incluida la fortificada zona verde como enclave occidental. Todo ello se sostiene con alfileres o, más bien, bayonetas de marines. Y a veces, requiere ofensivas militares contra las milicias de unos y otros, como ocurrió recientemente en Basora.

El proyecto a largo plazo es exterminar a Al Qaeda y llegar a convencer a las diferentes facciones chiíes de que EE. UU. es mejor aliado que Irán y a los suníes y kurdos de que tendrán su parte del pastel del petróleo, además de su autogobierno territorial. Para eso hace falta una presencia de larga duración de las tropas estadounidenses en un nivel sustancial,

aunque menor que el actual, y con rotaciones más rápidas de personal, a la espera de construir poco a poco un ejército nacional iraquí con los distintos grupos y patrocinado por Estados Unidos. El ejercicio es tan largo y tan complejo, que tiene pocos visos de éxito, sobre todo porque la próxima administración tendrá que dedicarse a la economía, olvidando los excesos de un imperialismo trasnochado.

Pero el efecto a corto plazo es el de construir un discurso creíble para conseguir una victoria política que redore los blasones de un superpoder impotente.